



Comentario bibliográfico

Hochschild, Adam: *To End All Wars. A Story of Loyalty and Rebellion, 1914-1918*, Londres, Macmillan, 2011.

Boris Matías Grinchpun

*Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" -
Universidad de Buenos Aires
matiasgrinchpun@gmail.com*

*Fecha de recepción: 01/09/2014
Fecha de aprobación: 28/09/2014*

Norte de Francia, comienzos de 1917. Un crudo invierno se adueña del Frente Occidental. Las posiciones parecen estar congeladas, al igual que los restos de miles de soldados, perdidos en tierra de nadie. Dan testimonio de ofensivas reiteradas e infructuosas frente a un muro de alambre de púas, trincheras y ametralladoras. A pesar de que los generales prometen que “sólo un empujón más” es necesario para alcanzar la victoria, las bajas se acumulan sin ganancias visibles. Las “super armas” hacen honor a su fama de destrucción, pero hasta su tecnología de vanguardia se muestra impotente frente al *impasse* militar. Los fracasos demuelen el ánimo de las tropas, pero también exacerban los temores de los altos mandos. Rumores de insubordinación y de ideologías “extremistas” llegan a los estratos más elevados de la jerarquía militar, que deciden reforzar la disciplina para evitar problemas mayores. Se adoptan medidas draconianas, las cuales afectan a decenas de miles de personas en el campo de batalla y en el frente doméstico.

Joseph Stones, John McDonald y Peter Goggins fueron víctimas de este “espaldarazo a la moral”. Los tres pertenecían a un regimiento *Bantam*, formado por hombres por debajo de la altura reglamentaria, por lo general como consecuencia de una nutrición deficiente durante una infancia en la pobreza. Los tres participaron de la Batalla del Somme, donde se vieron sorprendidos por una patrulla alemana, la cual los obligó a retirarse. El caos fue demasiado para los nervios de estos y otros soldados, que colapsaron y quedaron inmóviles. El ejército británico todavía tomaba este comportamiento como signo de cobardía, en lugar de verlo como síntoma de un shock. Por eso, decidió dar un ejemplo con los *Bantams*: una gélida mañana Stones, McDonald y Goggins fueron fusilados.

Albert Rochester fue uno de los testigos de las ejecuciones. De hecho, él fue el encargado de cavar las tumbas. Una incisiva carta de protesta enviada al *Daily Mail*, capturada por la censura del ejército, lo había puesto en el mismo campo de prisioneros que los *Bantams*. Fiel a sus ideas socialistas, Rochester señalaba que las fuerzas armadas reproducían la división de clases presente en la sociedad británica. Un ejemplo era el hecho de que los oficiales contaban con ayudantes personales, lo cual implicaba tener a 60.000 uniformados que no realizaban ninguna contribución significativa al esfuerzo bélico. Una vez fuera del campo de prisioneros, Rochester desenterró la historia de los ejecutados y continuó protestando contra las prácticas abusivas del ejército británico.

Él no era la única persona con opiniones negativas sobre el conflicto. Por el contrario, formaba parte de una nutrida y variada corriente de protesta en Gran Bretaña que el historiador Adam Hochschild (Nueva York, 1942) ha estudiado en *To End All Wars*. Conservadores y liberales, obreros e intelectuales, feministas y cristianos, soldados y objetores de conciencia se unieron, por motivos que iban del socialismo internacionalista al pacifismo cristiano, en la denuncia de la que sería conocida como “la Gran Guerra”.

Hochschild no es ajeno a este tipo de movimientos: en los años '60 formó parte del movimiento de oposición a la Guerra de Vietnam, participó en publicaciones de izquierda como *Ramparts* y formó parte del grupo fundador de *Mother Jones*¹. El autor pudo haber sido sensible a los

1 Algunos artículos de este período aparecen recopilados en Hochschild, Adam: *Finding the Trapdoor. Essays, Portraits, Travels*, Siracusa, Syracuse University Press, 1997.

antibelicistas que lo precedieron, pero también a periodistas “radicales” como él que, antes de criticar la guerra, señalaron la miseria en los barrios bajos de Londres y las malas condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera británica.

El libro no omite el entusiasmo militarista de julio y agosto 1914, sino que describe con detalle un sentimiento que cruzó todo el espectro político. Conservadores, liberales y laboristas vociferaron su apoyo a la intervención en el Parlamento y aprobaron los nuevos presupuestos. También hubo lugar para giros inesperados: David Lloyd George, opositor a la Guerra de los Bóers, afirmó que la lucha de Gran Bretaña era “contra la barbarie”. La sufragista Emmeline Pankhurst, quien había intentado previamente asesinar a Lloyd George en su agresiva campaña por el voto femenino, puso su Women's Social and Political Union al servicio del esfuerzo bélico. El fervor no fue exclusivo de las Islas, sino que hubo una gran cantidad de voluntarios blancos provenientes de las colonias.

El apoyo atravesó también a las clases sociales: si bien hubo una mayor cantidad de voluntarios provenientes de los sectores acomodados, todas las señales de malestar industrial se disiparon. El gobierno llegó incluso a prohibir el reclutamiento de trabajadores mineros por miedo a afectar el suministro de carbón. La paulatina erosión de ese entusiasmo, y su reemplazo por el escepticismo y el descontento, son mostrados con la misma profundidad en los últimos capítulos. En ese sentido, *To End All Wars* presenta una perspectiva novedosa del conflicto al contrastar la construcción (y reconstrucción) de un consenso favorable a la contienda con las diversas formas en las que ese consenso fue cuestionado y socavado. El resultado es una “historia de lealtad y rebelión” o, como el autor sugiere, un choque “de lealtades. ¿A qué debería ser más leal un ser humano? ¿A la nación? ¿Al deber militar? ¿O al ideal de hermandad internacional?” (p. xviii)².

Hochschild focaliza su investigación en una amplia selección de “Dramatis Personae”, a las que introduce en los primeros capítulos. Las figuras, como admite el autor, son tan heterogéneas que “si estuvieran vivas hoy se horrorizarían al encontrarse codo a codo en el mismo libro” (p. XIX). El pomposo General John French comparte capítulos con el fundador del Independent Labour Party, Keir Hardie; los escritos chovinistas de Rudyard Kipling se alternan con los artículos

2 Las traducciones del inglés son nuestras.

críticos de Bertrand Russell; las iniciativas del administrador imperial Alfred Milner se mezclan con la militancia socialista de Sylvia Pankhurst, la antibelicista hija de Emmeline. Hochschild ha recuperados vínculos inesperados como esta conflictiva relación madre-hija, o la del conservador y mujeriego French con su hermana mayor Charlotte Despard, activista incapaz de encontrar una causa lo suficientemente radical como para ahuyentarla.

El entrelazamiento de múltiples biografías, combinado con una prosa ágil y precisa, ameniza la lectura del libro. La minuciosidad con que se sigue a los personajes recuerda por momentos a novelas históricas como *Fall of Giants* (2010), de Ken Follett. De todas maneras, los géneros nunca se difuminan, ya que Hochschild no se toma libertades literarias en su relato. Parece incluso parafrasear la réplica de Leopold von Ranke a Walter Scott, al señalar que “la historia, cuando se la examina de cerca, siempre revela personas, eventos y terrenos de prueba de la moral tan reveladores como las invenciones de los más grandes novelistas” (p. xx).

Por momentos, como cuando reseña las decisiones tomadas por Douglas Haig, Comandante en Jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, el libro aparenta ser un retorno a los “grandes héroes” de Thomas Carlyle. Pero en otras instancias, como las dedicadas a las penosas luchas de los objetores de conciencia, quienes padecieron penas de cárcel y trabajos forzados por resistir la conscripción, la perspectiva del historiador escocés aparece invertida: los “grandes hombres” son reemplazados por pequeños héroes, en buena medida anónimos. De hecho, los líderes políticos, como el Káiser Wilhelm II, y los jefes militares, como Joffre y Von Moltke, no son presentados como los “forjadores” de la historia, sino como figuras superadas por una guerra que no esperaban. Haig aparece bajo una luz particularmente mala, como un anticuado oficial de caballería que esperaba una gran carga victoriosa mientras se indignaba por lo que consideraba “bajas insuficientes” (p. 209).

Hochschild se aproximó al problema de los orígenes del conflicto en algunos de sus trabajos previos: en su anterior *best-seller*, *King Leopold's Ghost* (1998), indagó en la brutal explotación colonial ejercidas por el monarca belga en su “imperio personal”, el Estado Independiente del Congo³. En *The Mirror at Midnight* (1990), estudió el desarrollo del imperialismo en Sudáfrica a partir de

3 Hochschild, Adam: *King Leopold's Ghost. A Story of Greed, Terror and Heroism in Colonial Africa*, Boston, Houghton Mifflin, 1999.

la derrota zulú en 1838⁴. A este último escenario regresa en *To End All Wars*, para analizar el rol jugado por Lord Milner y sus colaboradores en la victoria en la Segunda Guerra de los Bóers, la cual permitió la consolidación de la dominación británica en la región. El autor afirma, de acuerdo con lo sostenido por numerosos especialistas, que la agresiva expansión del control europeo sobre Asia y África durante las últimas décadas del “largo siglo XIX” agravó las tensiones existentes entre las Grandes Potencias, lo cual condujo a la guerra de 1914-8⁵. Desde luego, toma en cuenta otros elementos: la segunda revolución industrial, la carrera armamentista, los fracasos de la diplomacia, la influencia de un *Zeitgeist* militarista y un nacionalismo cada vez más agresivo, compartido por masas y elites. Tal vez uno de los mayores méritos del libro sea el de evocar en su primera parte, junto al esplendor del Jubileo de Victoria en 1897 o la coronación de Jorge V como Emperador de la India, las tensiones que desgarraban desde adentro a la sociedad victoriana y que prefiguraban la debacle.

El análisis de la Gran Guerra abrevia en gran medida en el “relato convencional” que, con algunas diferencias particulares, ha sido elaborado por los investigadores durante las últimas décadas⁶. De esta manera, los lectores se encontrarán con explicaciones completas pero escasamente novedosas de los procesos actualmente considerados centrales en la contienda: el fracaso de la “guerra de movimientos” en 1914, la penosa vida en las trincheras, las grandes ofensivas de Verdún y el Somme, el colapso de la Rusia zarista, la campaña submarina sin restricciones y la entrada de EE.UU. en 1917. El conflicto en los mares, los choques en las colonias africanas y asiáticas, las campañas de Cercano Oriente y las experiencias de los países neutrales reciben una atención bastante marginal.

4 Hochschild, Adam: *The Mirror at Midnight. A South African Journey*, Boston, Mariner Books, 2007.

5 Ver, por ejemplo, Duroselle, Jean-Baptiste: *Europa de 1815 a Nuestros Días. Vida política y relaciones internacionales*, Barcelona, Labor, 1991; Fieldhouse, David K.: *Economía e Imperio. La expansión de Europa (1830-1914)*, Madrid, Siglo XXI, 1977; Hobsbawm, Eric J.: *La Era del Imperio (1875-1914)*, Buenos Aires, Crítica, 2007; Howard, Michael: *The First World War. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2007; Miège, Jean-Louis: *Expansión Europea y Descolonización desde 1870 hasta Nuestros Días*, Barcelona, Labor, 1980.

6 Ver, por ejemplo: Hart, Peter: *La Gran Guerra, 1914-1918. Historia Militar de la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Crítica, 2014; Horne, John: *A Companion to World War I*, Nueva Jersey, Wiley-Blackwell, 2012; Howard, 2003; Morrow, John H.: *La Gran Guerra*, Madrid, Edhasa, 2008; Stevenson, David: *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Debate, 2014; Stone, Norman: *Breve Historia de la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Ariel, 2014; Strachan, Hew: *The First World War*, Londres, Penguin, 2005.

De todas maneras, el autor se permite polemizar con algunos especialistas en historia militar, en particular con los “revisionistas” reunidos en la Douglas Haig Fellowship. Esta sociedad, fundada en 1995, apunta a restaurar la imagen del general escocés a través del “estudio objetivo” de sus reformas y “contribuciones fundamentales” a la victoria aliada. Para el autor los esfuerzos fueron exitosos, ya que “en Gran Bretaña la suya es la nueva ortodoxia académica” (p. 372). *To End All Wars* reafirma la “leyenda negra” de Haig, que continúa siendo común a pesar de los temores de Hochschild⁷.

En cualquier caso, difícilmente se le pueda reprochar su relativo desinterés por ciertos aspectos de la contienda. Su intención, según afirma, es “evocar la guerra a través de historias dentro de un país, Gran Bretaña, de algunos hombres y mujeres” que estuvieron a favor o en contra del conflicto. *To End All Wars*, al centrarse en las privaciones de los soldados y los civiles en ambos bandos, no constituye una (otra) historia militar de la Gran Guerra, sino que asume una perspectiva que podría llamarse social. O, si se quiere, “una historia de las víctimas”, por utilizar la frase de Joanna Bourke⁸.

Los activistas antibélicos fueron particularmente sensibles a ese sufrimiento, el cual compartieron en muchas ocasiones. Su primera experiencia fue una derrota, ya que voces como las de Keir Hardie y Bertrand Russell fueron ahogadas por los llamados a las armas. Hardie pasaría la última época de su vida amargado por el fracaso de los socialistas europeos en detener las hostilidades, así como por el entusiasta apoyo brindado por muchos de sus camaradas. Las críticas quedaron mayormente relegadas a hojas de limitada distribución, como el *Women’s Dreadnought* de Sylvia Pankhurst, aunque la prolongación del conflicto creó un escenario mucho más propicio. El descontento por las bajas y las privaciones se vio agravado por la conscripción, introducida en marzo de 1916. Los objetores de conciencia, que no tardaron en aparecer, se vieron sometidos a penas de cárcel, maltratos y viajes en cadenas al otro lado del Canal. Para asistirlos surgieron varias organizaciones, entre las que se destacaba la Non-Conscription Fellowship (NCF). Esta reunía

7 Ver, por ejemplo, Morrow, 2008, p. 293 y Stone, 2014, p. 101. Visiones más moderadas pueden encontrarse en Stevenson, 2014, p. 584 y Hart, 2014, pp. 231-3.

8 Bourke, Joanna: *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*, Madrid, Paidós, 2002. El subtítulo original, tal vez más mesurado, es “A People’s History”. Hochschild realizó un trabajo similar con las memorias de las víctimas del estalinismo en *The Unquiet Ghost. Russians Remember Stalin*, Boston, Mariner Books, 2003.

información sobre abusos cometidos por las autoridades para luego enviarla a parlamentarios afines, dispuestos a formular preguntas incómodas. El activismo atrajo la atención del gobierno, que acosó a la NCF hasta obligarla a convertirse en una organización semi-clandestina. Esto no le impidió recibir el apoyo de figuras como la aristocrática Margaret Hobhouse, cuyo hijo Stephen se encontraba en prisión por resistir la conscripción.

Incluso Lord Landsowne, un terrateniente que se había desempeñado como Virrey de la India y Secretario de Guerra, se permitió criticar la contienda. A finales de 1917, después del sangrado de las fuerzas británicas en Passchendaele, advertía que la victoria sólo traería “la ruina del mundo civilizado”, en tanto “la prostitución de la ciencia con el propósito de la pura destrucción difícilmente se detenga” (p. 302). Sus palabras entusiasmaron a los socialistas, aunque no tanto como las noticias llegadas desde Rusia. Grandes manifestaciones en los países aliados saludaron con júbilo a la revolución, que parecía anunciar la transición de guerra mundial a guerra de clases que Pankhurst y otros esperaban. Mientras tanto, militantes como Despard se lanzaron a la organización de soviets en suelo británico. Esta iniciativa, como tantas otras, probaría ser infructuosa: según Hochschild, la fortaleza de los grupos favorables a la contienda y la existencia de un régimen democrático en Gran Bretaña fueron obstáculos insalvables. De hecho, las autoridades habrían adoptado una estrategia inteligente al limitar en lugar de prohibir, o bien al ignorar directamente.

Sin embargo, el cuadro de las autoridades dista de ser benévolo. Basil Thomson, el ambicioso jefe del Departamento de Investigación Criminal en Scotland Yard, organizó una campaña de vigilancia de instituciones, actos públicos y personalidades “sospechosas”. Si bien admitía en privado que estaba cazando elefantes blancos, Thomson se entregó de lleno a su tarea y no se amilanó a la hora de crear chivos expiatorios como los Wheeldon. Esta humilde familia de izquierdistas, que incluía a un objetor de conciencia y brindaba refugio a otros, fue puesta en el centro de una conspiración ficticia para asesinar al primer ministro Lloyd George. La evidencia era frágil y el juicio sumario, pero ambos cumplieron con el fin de desprestigiar al movimiento anti-bélico. La complicidad de la justicia con los abusos de las autoridades en una causa eminentemente política recuerda (¿anticipa?) casos más recientes, como el de los Siete de Guilford.

Para Hochschild, la Gran Guerra arroja un balance enormemente negativo: millones de muertos y lisiados entre soldados y civiles, amplias extensiones de territorio devastadas y vencedores y vencidos agobiados por el peso de las deudas. El “mundo seguro para la democracia” prometido por Woodrow Wilson tampoco parecía haberse materializado: levantamientos en distintas partes del mundo mostraban, al decir de François Furet, que la paz había puesto la revolución a la orden del día⁹. Los tratados de paz habrían operado en el mismo sentido, ya que “la ignominia pública de recibir directrices de los aliados tuvo una conmoción profunda a lo largo del espectro político, erosionando el apoyo —como Ludendorff y von Hindenburg habían planeado— al régimen civil y moderado que fue forzado a aceptar el tratado (de Versalles), y ofreciendo el impulso esencial para el ascenso de Hitler” (pp. 357-8). En otras palabras, la Primera Guerra Mundial habría conducido ineludiblemente a la Segunda, opinión sostenida por historiadores tan disímiles como Ernst Nolte y Gabriel Kolko¹⁰. Idea muy extendida entre los especialistas, pero que recientemente ha sido cuestionada por historiadores como Margaret MacMillan, quien imputa el ascenso del nazismo a una mala aplicación de las cláusulas del tratado, no a su espíritu¹¹.

Un mayor acuerdo suscita la idea de que el Congreso de París abrió una nueva etapa, muy distinta a la *belle époque*. Las figuras reunidas por Hochschild fueron sensibles al cambio, y en muchos casos se lamentaron por el mundo que la contienda había engendrado. Rudyard Kipling, quien había visto en la guerra una oportunidad para librarse de socialistas, sufragistas, alemanes y pacifistas, le espetó a un joven en sus últimos años: “Odio a tu generación, porque van a regalarlo todo” (p. 363). Los temores a la revolución social y el declive imperial parecían haber funcionado como una profecía autocumplida. Sin embargo, algo había resistido el cambio. Bertrand Russell lo notó al caminar entre las multitudes que celebraban el armisticio, en noviembre de 1918. Conster-nado, registró en su diario que el fervor bélico era tan fuerte en 1918 como en 1914. ¿Podría escribir algo distinto casi un siglo después?

9 Furet, François: *El Pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995.

10 Kolko, Gabriel: *El Siglo de las Guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Madrid, Paidós, 2005 y Nolte, Ernst: *La Guerra Civil Europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

11 Macmillan, Margaret: *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Buenos Aires, Tusquets, 2011, pp. 604-6. Una opinión similar presenta David Stevenson, 2014, pp. 654-655.